



Tres Mujeres y un Avivamiento

Tomado del Heraldo de Sión

Clama a mí, y yo te responderé – Jehová

Hace más de cien años, en un pueblo del estado de Connecticut, ni había iglesia tampoco escuela dominical. Más o menos cuatrocientas personas vivían en el pueblo y en el campo alrededor. Tres de ellas lograron conocerse por cristianas. Una ancianita vivía en el pueblo; otra de edad mediana vivía en el campo a tres millas al oriente y la tercera, una señorita, vivía a tres millas al occidente. Estas mujeres en diferentes épocas, se habían llegado a esta comunidad y se habían dado cuenta que eran personas cristianas. La ancianita dijo entre sí: “Yo no tengo muchos años que vivir. ¿He cumplido con todos mis deberes? Mi esposo y mi familia saben que yo he sido fiel a Dios, pero ¿he cumplido con mis deberes en cuanto a mis vecinos?”

Ella invitó a las otras dos mujeres a su casa, y ellas llegaron. Juntas platicaron de la necesidad espiritual del pueblo y juntas oraron. Por fin dispusieron reunirse a la una de la tarde el próximo jueves en la Escuela para celebrar un culto. La ancianita dijo a la más joven: “Tú puedes cantar. ¿Lo harás?”

“Cómo no. Lo haré.”

A la edad mediana la ancianita dijo: “Tú puedes leer. ¿Nos harás el favor de leer unos cuantos capítulos de la Biblia?”

“Cómo no. Con gusto.”

La ancianita dijo: “Yo dirigiré la oración.”

Así sucedió que del oriente, del occidente y del pueblo las tres se reunieron en la Escuela a la hora señalada. La jovencita cantó, la de edad mediana leyó la Biblia, y la ancianita oró.

Un campesino, que en ese momento pasaba frente a la Escuela con una carretada de leña, se extrañó que la puerta de la Escuela estaba abierta, y pensó que convenía cerrarla. Se acercó a la puerta y oyó la oración de la ancianita. Era para él una gran novedad. Escuchó atentamente hasta oír el “amén”. Oyó que la ancianita preguntó, “¿Volveremos a reunirnos?”

“Sí. Vengamos otra vez el próximo jueves a la una de la tarde, contestaron las otras dos.”

El hombre montó de nuevo su carretón e iba contando a todos en el camino del servicio anunciado para el próximo jueves. Cuando las tres hermanas llegaron a la Escuela a la hora anunciada, encontraron que estaba completamente llena de gente. Entraron y se dieron cuenta que tres sillas se habían apartado para ellas.

La jovencita dijo: “Me da mucha pena. Yo no puedo cantar delante de tan numerosa concurrencia.”

La ancianita dijo: “Pero tienes que cantar.”

Y a la de mediana edad, la ancianita le dijo: “Ya te toca leer.”

Y así sucedió. La jovencita cantó, su hermana leyó y la ancianita oró y por toda la casa se veían lágrimas y se oía lloro y sollozos.

Pocos días después mandaron a invitar a un pastor que viniera a predicar en la Escuela. Hoy, después de muchos años, en el mismo lugar donde había estado la Escuela, hay una pequeña iglesia blanquita, fruto del avivamiento que brotó en contestación a las oraciones de las tres mujeres. No solamente oraron en sus corazones cuando estaban en sus casas, sino que se reunían y oraban juntas: “*O Dios ¿no volverás a darnos vida, para que tu pueblo se regocije en ti?*”

Dios contestó: “Con mucho gusto.”